La vida desdoblada de Jean Cassou

Mario Martín Gijón

La literatura española no sería lo mismo sin los hispanistas extranjeros que, con el entusiasmo de quien descubre un territorio desconocido y el proselitismo de las revelaciones, se dedicaron a difundir las letras españolas en sus países, a fomentar las traducciones y a postular una imagen de España que, aunque en ocasiones más idealizada que rigurosa, con los espejismos que el exotismo y el enamoramiento imponen a la razón, sirvieron para que no pocos escritores españoles obtuvieran el reconocimiento que se les había negado en su patria.

Entre estos enamorados de nuestro país, pocos pueden compararse con Jean Cassou, francés de raíces españolas, que aunque pisara pocas veces la Península ibérica, conoció con amplitud asombrosa la literatura y el arte españoles desde el Barroco a las vanguardias, impulsó decisivamente la fama internacional de autores como Ramón Gómez de la Serna, Miguel de Unamuno o Jorge Guillén, y se comprometió con la República española, en la que vio la culminación de la modernidad anunciada en sus letras, durante toda su existencia, tanto como se comprometió con la defensa de los valores republicanos franceses, contra todo estilo de tiranía. Pero Jean Cassou fue también un poeta dotado y un novelista notable, aunque su generosa labor como crítico e incansable promotor cultural eclipsara su labor creativa.

DE UNA VIDA OCULTA A LA CAPITAL DE LAS ARTES Y LAS LETRAS

Jean Cassou nació el 9 de julio de 1897 en Deusto, por entonces aún una población separada de Bilbao, aunque pocos meses después su familia se trasladaría a Saint-Quentin, en el norte de Francia. Hijo de Léopold Cassou, ingeniero francés nacido en Méxi-

co, y de la gaditana Milagros Ibáñez, Jean Cassou tenía, como le gustaba recordar, tres cuartas partes de sangre hispánica, pues su abuela paterna, Gertrudis Sánchez, era mexicana. Desde pequeño, Cassou se crió en un ambiente bilingüe, pues su madre le hablaba en español, y más adelante le inició en los clásicos de la literatura española. Junto a la cultura francesa que compartía con sus compañeros de clase, Cassou se regocijaba en disponer de «una vida secreta que se nutría de otras fuentes», de modo que conocía de memoria «tan bien las estrofas del *Cid* de Corneille como las de Segismundo en *La vida es sueño* de Calderón, y no pude conocer las primeras conmociones de las *Nuits* de Musset sin descubrir al mismo tiempo las de las *Rimas* de Gustavo Adolfo Bécquer». Por esta doble filiación cultural, Cassou reconocerá que «muy pronto tuve el sentimiento de que mi vida se desdoblaba, y me acostumbré a complicidades de corazón y de espíritu debidas a la influencia de mi madre. Me recreaba en ellas sin tener a nadie a quien confiarlas».

La infancia tranquila y feliz de Cassou dio paso a una adolescencia «miserable, azarosa y muy difícil» a raíz de la repentina enfermedad y muerte de su padre en 1914. La mudanza con su madre y su hermana a París, a pesar de las dificultades económicas que conllevaba, facilitó a Cassou la entrada en un mundo literario en plena ebullición en los compases finales de la Primera Guerra Mundial. En marzo de 1917, con apenas veinte años, Cassou fundó *Le Scarabée* [*El escarabajo*], revista donde publicaría relatos fantásticos como «Catedrales alucinadas» y poemas como «De España», dedicado a Pedro Salinas, además de consagrar un importante ensayo a Rubén Darío, fallecido el año anterior, y que sería elogiado por Alfonso Reyes en *El Sol*. Bajo el seudónimo de «Juan Rafael», el hiperactivo joven reseñaba revistas extranjeras, destacando por ejemplo los ensayos de Unamuno en la revista *España*, donde el escritor vasco defendía la posición de los aliados en la Primera Guerra Mundial.

En aquel año se produjo un encuentro de vital importancia. Jean Cassou, que se había matriculado en La Sorbona como estudiante de español se encontró con un recién nombrado lector llamado Jorge Guillén. Entre profesor y alumno se desarrollaría una relación de amistad en pie de igualdad, y de enriquecimiento

mutuo, que se prolongó durante dos tercios de siglo. Guillén sería miembro del comité de *Les Lettres parisiennes*, revista fundada por Cassou para continuar, con mayor ambición, la aventura de *Le Scarabée*, y donde el francés publicó las primeras traducciones de Antonio Machado, poeta al que durante toda su vida tributaría una adoración incondicional. Pero poco después, Cassou fue reclutado por el *Mercure de France*, al que había desdeñado por «aburrido» desde su revista vanguardista, para conducir la sección de «Letras españolas», donde pronto llamará la atención por su amplio conocimiento y su ágil estilo. Influido por Salinas y Guillén, Cassou privilegiaba a los partidarios de la poesía pura, y estuvo muy atento a los vínculos entre literaturas española y francesa, informando, por ejemplo, del homenaje a Mallarmé impulsado por Alfonso Reyes, que le parecía «característico del estado espiritual de los poetas españoles actuales» y que relacionaba con la veneración paralela a Góngora.

Pero Cassou guardaba en sí un original talento literario que, tras unos balbuceos dramáticos no del todo logrados, como la «fábula en tres actos» titulada *Le soleil enchaîné,* estrenada en 1919 en el Théâtre du Vieux Colombier, se encauzaría a través de la narrativa. Cassou se reconocería en deuda con el veterano crítico Edmond Jaloux, por «haberme inventado, al publicar mis primeros manuscritos» y, en efecto, la prestigiosa colección de novelas dirigida por Jaloux acogió cinco de las primeras novelas de Cassou. La primera de ellas, que lleva el erasmiano título de *Éloge de la folie* (1925), tiene como protagonista a un Don Juan contemporáneo, que recurre a cien argucias para satisfacer a sus múltiples enamoradas, y cuya última hazaña es seducir, aprovechando el Carnaval, a tres internas de un manicomio. La novela, enviada profusamente por Cassou a sus amigos españoles, fue reseñada en la *Revista de Occidente*, donde se la definía como una «novela ballet», mientras que Jorge Guillén creía ver rasgos autobiográficos de Cassou en el personaje de Auber, y Miguel de Unamuno elogiaría su «áspero humorismo», viendo incluso «un trágico pascaliano» en la escena de la casa de locos. Por aquel entonces, Cassou había conocido a la joven pianista Ida Jankélévitch, de origen yugoslavo, quien se convertiría en su esposa años más tarde, y al hilo de cuya pasión escribió *Les harmonies viennoises*, con una

estructura en seis «sueños» que evoca la *Traumnovelle* de Arthur Schnitzler escrito en aquellos mismos años, y en la que la anciana Lina recuerda su amor de juventud por el misterioso compositor Anton Diabelli, así como su amistad con Franz Schubert, quien le confesará, en su lecho de muerte, haberla amado durante años. La novela, que Cassou había escrito sin pisar nunca la ciudad de Viena, sería traducida ese mismo año al alemán, y comenzó a asentar su fama como novelista de un cierto «romanticismo ligero» como lo definiría el crítico Charles Du Bos, en la que, según el propio Cassou, quiso reflejar «todas las impetuosas aspiraciones de mi juventud, todas mis nostalgias de un mundo de fantasía, de placer, de amor –de melancolía también».

La habilidad de Cassou para tejer historias de amores apasionados enfrentados a las convenciones sociales, se confirmaría en novelas como *Comme une grande image*, que cuenta la relación entre Pierre y Marianne, dos personajes cargados de sentimientos de culpa que no logran aplacar en su constante huida: el primero, sacerdote católico que colgó los hábitos, y ella, repudiada por su familia por enamorarse de Pierre; o en *Le pays qui n'est à personne*, novela epistolar que nos presenta la desgarrada historia de amor entre el director de un asilo de dementes situado en una isla, y la enfermera Marcelle, que es enviada a tierra firme para hacerse cargo de un misterioso enfermo, por el que se siente fascinada. El interés por los estados de locura era lógico en una época dominada por la aparición del surrealismo, que influye también la concepción de la novela *La clef des songes* (1928), cuyo título quizás inspirase a René Magritte para su célebre cuadro *La clef des champs*, o en *Les inconnus dans la cave* (1933), donde con el fetichismo tan en boga entre los surrealistas, su protagonista Sébastien está obsesionado por «los brazos de Madeleine, necesitaba personalmente esos brazos, el alma de esos brazos de los que estaba enamorado hasta el descuartizamiento». Esta novela, donde el *amour fou* lleva a algunos personajes al suicidio y la desesperación, termina en el desencanto compartido por los dos amigos, y en cierto modo clausura una época de la narrativa de Jean Cassou, que en adelante no sabrá prescindir de lo político. En su toma de conciencia tendría que ver, de nuevo, su relación con España.

EL «ENCONTRONAZO ESPAÑOL» Y EL COMPROMISO POLÍTICO

Cassou, que conocía y admiraba desde su adolescencia la obra de Unamuno, se indignaría contra el destierro del escritor bilbaíno forzado por Primo de Rivera, e impulsaría, desde el *Mercure de France*, un movimiento de solidaridad de los intelectuales franceses para reclamar el regreso de Unamuno a su patria, llamamiento que en efecto tendría un notable eco, recogiendo la adhesión de los literatos más conocidos de la época, desde la condesa de Noailles a André Gide, desde Jean Paulhan a Romain Rolland, y que se extendería a los intelectuales de Italia o Alemania. Para Cassou, según reconocería en sus memorias, el destierro de Unamuno fue su «primer encontronazo con la historia, la acción, la política» y, añade, «fue un encontronazo español». Cuando Unamuno se estableció en París, Cassou sería de los primeros en visitarlo y entablar una estrecha amistad, facilitada por el común origen bilbaíno. Cassou traducirá al francés *La agonía del cristianismo* y *Cómo se hace una novela*, a medida que Unamuno las iba escribiendo, para lo cual lo visitará casi diariamente en la pensión de la rue Lapérouse donde éste se había establecido con su familia. Después de cambiar París, ciudad a la que nunca se adaptó, por la vascofrancesa Hendaya, Unamuno mantendría la correspondencia con Cassou, a quien elogiaría diciéndole que «usted no es un centauro, quiero decir mitad español y mitad francés, sino todo español y todo francés, fundido» y años después, ya retornado a Salamanca, reconocería que «de mis trece meses de París me he traído ante todo y sobre todo a usted».

Pero Cassou no se limitaría a traducir a Unamuno, y en aquellos compases finales de los años veinte traduciría una docena de obras españolas, desde las *Novelas ejemplares* de Cervantes a los *Senos* de Ramón Gómez de la Serna, de quien tradujo otras dos obras, además de libros tan distantes como el *Almanaque de la vida breve*, de Eugenio d'Ors y la polémica novela *A.M.D.G.*, de Ramón Pérez de Ayala. Fascinado también por el Siglo de Oro, Cassou dedicaría sendas biografías a *Felipe II* (1929) y *El Greco* (1931). Con esos antecedentes, no extraña que Jean Cassou recibiera el encargo de preparar un *Panorame de la littérature espag-*

nole (1929), donde informaría a los lectores franceses lo que él consideraba un verdadero Renacimiento cultural de España que comenzaba en la generación del 98, tras un siglo XIX de decadencia y provincianismo, del que sólo salvaba, en poesía, a Zorrilla y Bécquer, y a Pérez Galdós en la novela. Entre los poetas contemporáneos, expresaba su opinión personal de que Antonio Machado era «para mí, el más grande de los poetas españoles», pero destacaba la mayor influencia de Juan Ramón Jiménez y culminaba su panorama con lo que llamó «la generación joven» con la que reconocía mantener «estrecha amistad», destacando, como no podía ser menos, a Jorge Guillén, pero repasando también las obras de Alberti, Salinas o Jarnés. Quizás por su tono asequible, la obra tuvo un gran éxito en Francia, con diez ediciones en apenas dos años, pero en cambio este *Panorama* fue objeto de muy severas críticas entre los escritores españoles, cuyas expectativas, después de las brillantes crónicas en el *Mercure de France*, quizás eran demasiado altas, y que no tenían en cuenta el carácter divulgativo del libro. Se le criticó, por ejemplo, el escaso espacio dedicado a Ortega y Gasset, muy inferior al que consagró a Gómez de la Serna o incluso a Eugenio d'Ors. En *El Sol*, Ricardo Baeza explicaba las «flaquezas» de la obra por ser Cassou «demasiado mozo» y haber pasado poco tiempo en España, lo cual tenía conllevaba que, según comenta Baeza con ironía, el francés hubiera dado una relevancia desmesurada a los escritores a quienes «sus mayores disponibilidades crematísticas o su mayor ánimo viajero han llevado con más frecuencia estos últimos años al matraz parisiense».

Si bien era cierto que Cassou no frecuentó demasiado el suelo ibérico, no puede negársele el haber estado en momentos cruciales, como fue el advenimiento de la Segunda República. Como cuenta en sus memorias, Cassou se encontraba en Madrid con motivo de una conferencia a la que se le había invitado en la Residencia de Estudiantes y vivió, junto a Pedro Salinas, la «gran verbena» que fueron los días posteriores a la proclamación de la República. A su regreso a París, como es natural, se vio asediado por las preguntas de sus compatriotas, atónitos ante el inesperado cambio de régimen.

Pero además de la evolución política española, en la paulatina politización de Jean Cassou tuvieron que ver otros hitos decisi-

vos, como la llegada de Hitler al poder en Alemania y la polarización de la sociedad francesa. Con todo, en los años treinta, Cassou compagina los artículos más políticos con los estudios literarios y artísticos en los que sigue demostrando su amplísima gama de intereses. Así, en su *Grandeur et infamie de Tolstoï* (1932), recorre críticamente la trayectoria del escritor ruso, ensalzando su primera época como novelista, cuando su impetuosidad vital le hizo crear obras como *Guerra y paz*, y critica acerbamente su posterior conversión al etéreo misticismo naturista que escandalizó a sus contemporáneos, y que para él no es sino «la historia de un impostor». Por otra parte, incluso en este ensayo de tema ruso, Cassou encuentra palabras apasionadas para España, donde ve reconciliadas la conciencia de la muerte y el gozo vital, explicando que «si España me pareció siempre la forma más completa de la expresión humana, no es sino porque sabe unir, a su sentimiento desesperado de la podredumbre, un incomparable ardor de vivir».

Cassou recogería los artículos que había venido publicando sobre todo en *Les Nouvelles Littéraires* y la *Nouvelle Revue Française*, en el libro *Pour la poésie* (1935), ordenándolos significativamente «desde Baudelaire al surrealismo» y donde podemos espigar magníficos ejercicios de esa «gimnasia perpetua» que para él definía a la crítica, sobre la jornada dublinesa del *Ulises* de Joyce «más vasta que todos los siglos de la historia», sobre cómo Verlaine y Rimbaud hicieron del mal una forma de conocimiento, o sobre la «orgía de la inteligencia» de la que nacieran el cubismo y el resto de vanguardias parisinas. Pero por otra parte, Cassou llamaba la alarma contra quienes lanzaban Heine a las llamas, e identificaba poesía y revolución por descender del mismo «impulso sentimental» que hacía arremeter tanto contra el lenguaje como instrumento de mecanización como contra las leyes que limitaban la libertad y descubría, finalmente, un humanismo en «la gran tentativa que va de Baudelaire y Rimbaud a la revolución» y que consistía en el abandono de los espejismos de la magia verbal, para descubrirse, más que al servicio, «consustancial a la Revolución».

Revolución y pasión amorosa se funden en un fresco histórico impresionante sobre la Comuna de 1871 en *Les massacres de Paris* (1935). Su protagonista, que tiene algo de galdosiano, es Theodore Quiche, huérfano de padre y empleado en la fábrica de barnices de

su tío, reaccionario, contra el que comienza a frecuentar ambientes anarquistas, enamorándose de Marie-Rose, hija del proletario Siffrelin. Los vibrantes debates sobre el futuro de la revolución con el filósofo Becker o sobre las aporías del compromiso con el poeta Renaud hacen pensar, inevitablemente, en la inminente *L'espoir*, de Malraux. Por otra parte, al describir la actitud capituladora de los conservadores ante las tropas prusianas y la resistencia popular, Cassou parecía prever, con temeraria clarividencia, los sucesos de junio de 1940.

Para Cassou, desde los disturbios provocados por las ligas fascistas el 6 de febrero de 1934 en la Plaza de la Concordia, la amenaza de un contagio de la Alemania nazi (frente a la Alemania del Romanticismo, de Thomas Mann o Albert Einstein que él se «obstinaba en amar y admirar») era patente, y eso le movería a colaborar en revistas políticas de izquierda como *Feuille rouge*, *Commune* o *Monde*. En esta última publicación, Cassou publicó su lúcido ensayo «L'examen de conscience de l'intellectuel», que sería reproducido en la española *Leviatán*, y donde explicaba cómo en tiempo de crisis y de enfrentamiento agravado entre las clases sociales, el escritor sólo puede hacerse defensor de las estructuras existentes o tomar partido por quienes quieren cambiarlas. Para Cassou, «toda la tradición de cultura crítica y humana» iba hacia la liberación y el desarrollo del hombre, y por ello era incompatible con el fascismo, que pretendía «detener el impulso del hombre hacia su futuro, devolverlo a sus cuadros y sus mitos». Poco después, Cassou asumía la dirección de la revista *Europe*, fundada por Romain Rolland, y se convertía en uno de los intelectuales más claramente partidarios del Frente Popular, que ganaba las elecciones francesas el 3 de mayo de 1936.

Apenas dos semanas después, Jean Cassou acudía a Madrid junto a André Malraux y Henri Lenormand para homenajear al Frente Popular español. El 22 de mayo de 1936, menos de un mes antes de la sublevación, al término de un banquete ofrecido a los huéspedes franceses, Cassou pronunciaba un discurso titulado «Espagne nouvelle, France nouvelle», en donde declaraba que, por primera vez, se sentía plenamente «heredero de dos patrias» y terminaba enfatizando su orgullo por «mis dos culturas, mis dos literaturas, la española y la francesa, las dos patrias

que llevo en mí». Cassou no cejaba en su empeño de fomentar el mutuo conocimiento entre ambas patrias, y en julio de 1936 aparecía su *Cervantes* en la colección «Socialisme et Culture», impulsada por las Éditions Sociales Internationales del PCF. En este libro divulgativo, Cassou habla del contexto histórico, la biografía y los principales aspectos de la obra de Cervantes, y en su último capítulo, sobre «Cervantes y nosotros», declara la necesidad entablar «un claro diálogo» con un genio que aunque no estuvo volcado hacia el futuro, vivió su presente «con una integridad y una vida prodigiosas», y ello convertía su experiencia en «ejemplar y revolucionaria». Concluía su exégesis de *Don Quijote* afirmando que hay que amar a Cervantes, a Don Quijote y a Sancho, pues «fueron y son eternamente los mejores y más humanos de los hombres».

Pero pronto, la fraternidad que Cassou conjuraba entre dos gobiernos antifascistas con un avanzado programa social se vería gravemente amenazada. Dos semanas después de iniciarse la guerra civil, Cassou viajará por la República en guerra, recorriendo Barcelona, Valencia y Madrid, donde se entrevistaría con Manuel Azaña, quien señalando la sierra madrileña le diría patéticamente que aquél era «vuestro frente, el de vosotros, los franceses». Tras su regreso, Cassou sería coautor de la obra *Tempête sur l'Espagne*, donde enfatizaba la simpatía de los republicanos por Francia y la germanofilia de los sublevados, e insistía en la comunidad de destino entre los pueblos español y francés, insistiendo en que «la prensa capitalista francesa no representa a Francia, como los cañones del general Franco no representan la realidad española». Ya en París, Cassou colaboraría con Max Aub, en la organización de varios eventos culturales favorables a la República, como el homenaje a Federico García Lorca, celebrado en el Palacio de Jena el 23 de septiembre de 1937 o, sobre todo, la traducción y representación de *Fuenteovejuna*, puesta en escena por la compañía del Teatro del Pueblo en el Teatro Sarah Bernhardt a partir del 31 de enero de 1938, y que llenó de ira a la extrema derecha francesa, que habló del «acto de vandalismo» realizado sobre el texto de Lope de Vega, «desnaturalizado» al eliminarse las alusiones a la fidelidad monárquica de los campesinos de Fuenteovejuna, algo previsible dada «la personalidad de uno de sus traductores, Jean

Casou, comunista francés especialmente ligado al Frente popular español».

Cassou participó en la sesión extraordinaria del Congreso de Escritores celebrada en París, donde afirmó la necesidad para cualquier escritor de «colaborar con las fuerzas reales, concretas, humanas, que representan las organizaciones del proletariado mundial». El francés se sentía cada vez más identificado con las tesis comunistas y, como tantos otros intelectuales de izquierda, cayó en la trampa soviética de creer las mentiras sobre el POUM, prestándose a traducir el libelo *Espionaje en España*, como Bergamín había aceptado escribir el prólogo de un libro que justificaba la represión de Andreu Nin y sus seguidores.

En 1939, en medio de la desolación por la derrota de la República española y en una sociedad cada vez más subyugada por el imparable ascenso de los fascismos, Cassou publica *Quarante-huit* (1939), ensayo histórico sobre la revolución liberal de 1848, donde por primera vez, gracias a la movilización de un proletariado que vivía en condiciones miserables, se pasó «de la revolución política a la revolución social». Como en su novela sobre la Comuna, Cassou fustiga a quienes, atemorizados por la evolución de los acontecimientos, se unieron a la reacción. Frente a quienes empezaron apoyando la revolución y acabaron formando parte de los consejos de administración durante el Imperio, el autor ensalza a quienes cumplieron con el verdadero «estilo 48» y que sería el de «considerar el mundo como una promesa». A pesar de que se hubiera hecho habitual burlarse de este estilo por su énfasis y grandilocuencia, Cassou reivindica su ambición, su grandeza y su poder inagotable. El libro terminaba con el relato de los fusilamientos en masa que terminaron aquellos días de verdadera «guerra social». Apenas una década después, y coincidiendo con el centenario de la Primavera de los Pueblos, Cassou volverá a reivindicarlo en su breve ensayo *Quarante-huitard* (1948).

DE LA RESISTENCIA AL DESENCANTO

Durante la *drôle de guerre*, Cassou fue nombrado conservador adjunto del Museo de Arte Moderno, reconociéndose sus amplísimos conocimientos sobre la materia. Pero no duraría mucho en

este puesto. Cassou, que en junio de 1940 no pudo contener las lágrimas al conocer la noticia del armisticio y que sintió un «insoportable sentimiento de expropiación» ante el espectáculo irreal de las tropas alemanas avanzando por la Avenida de los Campos Elíseos, fue destituido de su cargo por las nuevas autoridades. Poco después entraba en contacto con Boris Vildé y Agnès Humbert. Será el núcleo de la red del Musée de l'Homme, una de las primeras agrupaciones de la Resistencia. Juntos editarán el periódico clandestino *Résistance*, que dirigió el propio Cassou, quien también escribió el panfleto *Vichy fait la guerre*, por desgracia hoy desaparecido, y que denunciaba el ataque de las tropas pétainistas a la flota anglo-francesa. Sin embargo, en marzo de 1941, la denuncia por parte de dos empleados del Museo llevó a la detención de Boris Vildé y seis colaboradores más. Cassou escapó por poco al destino de sus compañeros, todos ellos condenados a muerte por un tribunal alemán y fusilados en el fuerte del Mont-Valérien.

Huido en la mal llamada «zona libre», Cassou se refugia en Toulouse, donde recordaría cómo se sintió disgustado por la atmósfera del «reino de Pétain» y cómo los resistentes se «buscaban a tientas» entre una población mayoritariamente reacia o expectante. Junto con el gran germanista Pierre Bertaux, Cassou organizó un depósito de armas y una red de espionaje, pero pronto fueron denunciados, siendo detenidos en diciembre de 1941. Juzgado por un tribunal militar francés, Cassou fue encarcelado en la prisión militar de Furgole, donde para combatir la desesperación, comenzó a componer sonetos mentalmente (no se les permitía tener papel a los presos). Cuando Cassou salió de la cárcel para ser destinado a trabajos forzados, logró transcribir los treinta y tres sonetos que había compuesto en sus noches de insomnio y transmitirlos a alguien que los hizo llegar a las clandestinas Éditions de Minuit. Publicados con el seudónimo de «Jean Noir», sus *Trente-trois sonnets composés au secret*, combinan, en el rigor de la forma clásica, la desesperanza y la esperanza salvaje, la visión de su cadáver y de los «ángeles muertos» y la fe en que «*les poètes, un jour, reviendront sur la terre* [...] *leurs plus beaux vers enfin délivrés du sanglot*». En el prólogo que firmara «François la Colère» (en realidad, Louis Aragon), éste declaraba que «desde hoy será casi imposible no ver en el soneto la expresión de la libertad restrin-

gida, la forma misma del pensamiento prisionero». Los sonetos tendrían una gran acogida y, desde *Les Lettres Françaises*, René Bertele ensalzó la modestia de un hombre en quien «la pasión de comprender y amar» la obra de otros autores había silenciado su propio don poético, hasta que la experiencia de la soledad y la indefensión total hizo surgir «una obra poética que Jean Cassou llevaba dentro de sí desde hace tiempo, pero de la que sólo la desgracia debía precipitar la eclosión».

Tras terminar su condena, Cassou retornó enseguida a la lucha clandestina y en el verano de 1944 era nombrado Comisario de la República. En varias ocasiones pasaría revista a los guerrilleros españoles que formaban el contingente mayor de la Resistencia en varios departamentos. La Liberación era ya inminente, y sin embargo Cassou no la presenciaría. La misma noche en que la guarnición alemana abandonaba Toulouse, el coche en que Jean Cassou iba con otros tres resistentes fue detenido por una patrulla, que al encontrar una pistola en el vehículo comenzó a golpear a sus ocupantes. Uno de ellos huyó, mientras que otros dos fueron asesinados. Cassou, brutalmente machacado a culatazos, fue dejado por muerto. Durante quince días permaneció en coma, y entre los exiliados españoles se divulgó la noticia de su muerte. Pero Cassou sobrevivió, y recibiría aún en su cama de hospital la visita del general De Gaulle, que le condecoró con la Cruz de la Liberación.

Sin embargo, para Cassou, la victoria y la liberación no serían completas hasta que España no dejase de estar sometida a la dictadura de Franco. En esos años se multiplicaron sus intervenciones a favor de los exiliados republicanos, quienes lo colmaron de distinciones: Presidente de honor de la Federación de Españoles Residentes en Francia, de los Comités Francia-España y del Frente franco-español de las letras, era una firma habitual en los cientos de revistas de exiliados que florecieron en los años siguientes a la liberación. También en diarios franceses de izquierda como *Combat*, Cassou protestaría sin descanso contra el olvido de la situación española y viviría con angustia la consolidación del régimen franquista.

En ésta fue decisiva el rápido calentamiento de la Guerra Fría, que terminó con las esperanzas de cambio social que había traí-

do la Liberación. Como la mayoría de los intelectuales franceses, Cassou apostaba por un socialismo en libertad que mantuviera una actitud amistosa hacia la Unión Soviética. En el libro colectivo *L'heure du choix* (1947), lamentaba que la mayoría de los franceses no hubieran tomado conciencia de lo que fue la humillación de la ocupación nazi y el régimen fascista de Pétain, y que tampoco hubiera reconocido en su justa medida el sacrificio de la Resitencia, su ideal moral. Cassou reivindicaba la «necesidad de partir de la Resistencia como una nueva base de unión y de acción» para realizar la que para él era la única «lección francesa» que podía recibir el mundo: «la alianza sagrada de la justicia y la libertad». Para Cassou, el hecho de que las democracias europeas se hubieran unido a la URSS contra el enemigo común del fascismo significaba una base de entendimiento por la que rechazar el ánimo belicoso anticomunista. Por aquel entonces, Cassou era un compañero de viaje al que sobre todo unía a los comunistas el recuerdo del esfuerzo común de la Resistencia que, ante las banalizaciones de la época de Vichy y las numerosas amnistías, respondió siempre con la indignación y el recuerdo de los mártires de la libertad, declarando que «no todos fueron culpables» y que «hay que juzgar, hay que elegir; existe la mentira y algunos pensamos que nuestros muertos tuvieron razón», según declaraba en 1949 en el semanario comunista *Action*. Esta sintonía, sin embargo, se rompió definitivamente a raíz de su posición sobre la Yugoslavia de Tito.

En agosto de aquel año, Cassou realizó un viaje a Yugoslavia, a raíz del cual escribió el ensayo «La révolution et la vérité», que sería publicado en *Esprit*, la revista católica de izquierdas, donde constataba la distancia entre la realidad que había conocido y la que «la propaganda del Kominform, desde hace un año, impone a la opinión comunista de todos los países» y que se basaba en la delirante tesis de una conspiración entre Tito, la Gestapo y el *Intelligence Service*, para destruir el socialismo en el mundo y restablecer el capitalismo. Ante esas tesis intragables para un espíritu crítico, Cassou denunciaba un sistema al que no le importaba la verdad y sólo admitía «las verdades útiles y utilizables», al tiempo que se oponía al «dilema al que me enfrentan mis compañeros comunistas», que se reducía a estar con ellos o con-

tra ellos y recordaba sus credenciales, habiendo «combatido por causas que defendían también los comunistas, contra el fascismo y el Frente Popular, por la España republicana contra Hitler y los alemanes y por la Resistencia». Pero estos gestos conciliadores no ayudarían a Cassou, que sería inmediatamente atacado desde las filas del Partido Comunista Francés. Así, Pierre Courtade, desde *L'Humanité* espetaba a Cassou: «Ya sabemos dónde conduce la gente que piensa como usted: a la derrota, a la traición». En cuanto al semanario comunista *France Nouvelle*, caricaturizaría a Cassou como un sapo con su pluma estilográfica rota y el pie atado al signo del dólar. Pero el ataque sin duda más doloroso le vino de su cuñado y amigo desde la adolescencia, André Wurmser, quien en su panfleto *Réponse à Jean Cassou*, donde comparaba la visita a Yugoslavia con las de escritores franceses a la Alemania nazi, se dignaba a revelar a Cassou «tu propio secreto: tu profundo desprecio de los hombres» y renunciaba a la amistad que les había unido desde cuatro décadas, por haber pasado «al otro campo», concluyendo: «Guarda tu corazón para aquellos a quienes haces el juego». Días después, en una reunión del Movimiento por la Paz, Cassou sufriría la dolorosa humillación de oír del mismo Charles Tillon, fundador y comandante de los FTP, cómo era acusado de secuaz del imperialismo norteamericano y enemigo de la paz, en definitiva, de traidor.

Será en medio de este periodo de ostracismo cuando Cassou escriba su ensayo *La mémoire courte* (1953), cuyo título retoma la célebre frase de Pétain, y que resulta un grito consciente contra el abandono de los valores de la Resistencia y contra las consecuencias perversas de la guerra fría. El libro, como no podía ser menos, «comienza por España», evocando su encuentro con Azaña y recordando cómo el abandono de la República fue la primera muestra de la «cobardía erigida en norma de conducta» que llevaría a la debacle y a la iniquidad del régimen de Vichy. Pero en el desinterés por la suerte de los republicanos españoles, Cassou ve además de las repercusiones de la política de bloques, el temor al pueblo español, al que muchos querrían mantener al margen de la historia pues, según creía, el día que éste hiciera «su aparición real en la historia universal y la iluminara con su influencia, toda la especie humana habría franqueado un nuevo umbral y conoci-

do una nueva mutación». Asimismo critica la indulgencia con la que se juzgó a los colaboracionistas y se indigna ante el estado de una nación incapaz de un «bello sobresalto de cólera». En tonos agrios, Cassou recuerda la fascinación morbosa por el fascismo que poseía, en 1940, a casi todos los franceses, que sin embargo prefirieron ejercer «por procuración» de los alemanes sus peores deseos, y, frente a ellos, exalta el «carácter incomprensible y, por consiguiente, puramente moral de la aventura» de quienes no aceptaron la derrota y participaron en la Resistencia, periodo que Cassou define bellamente como «la vida inventada», cuando pudo defender corporalmente los valores abstractos en que creía, y de cuyo espíritu «no queda nada» en una época de apatía y sumisión.

LA POLIVALENCIA DE UN INCONFORMISTA

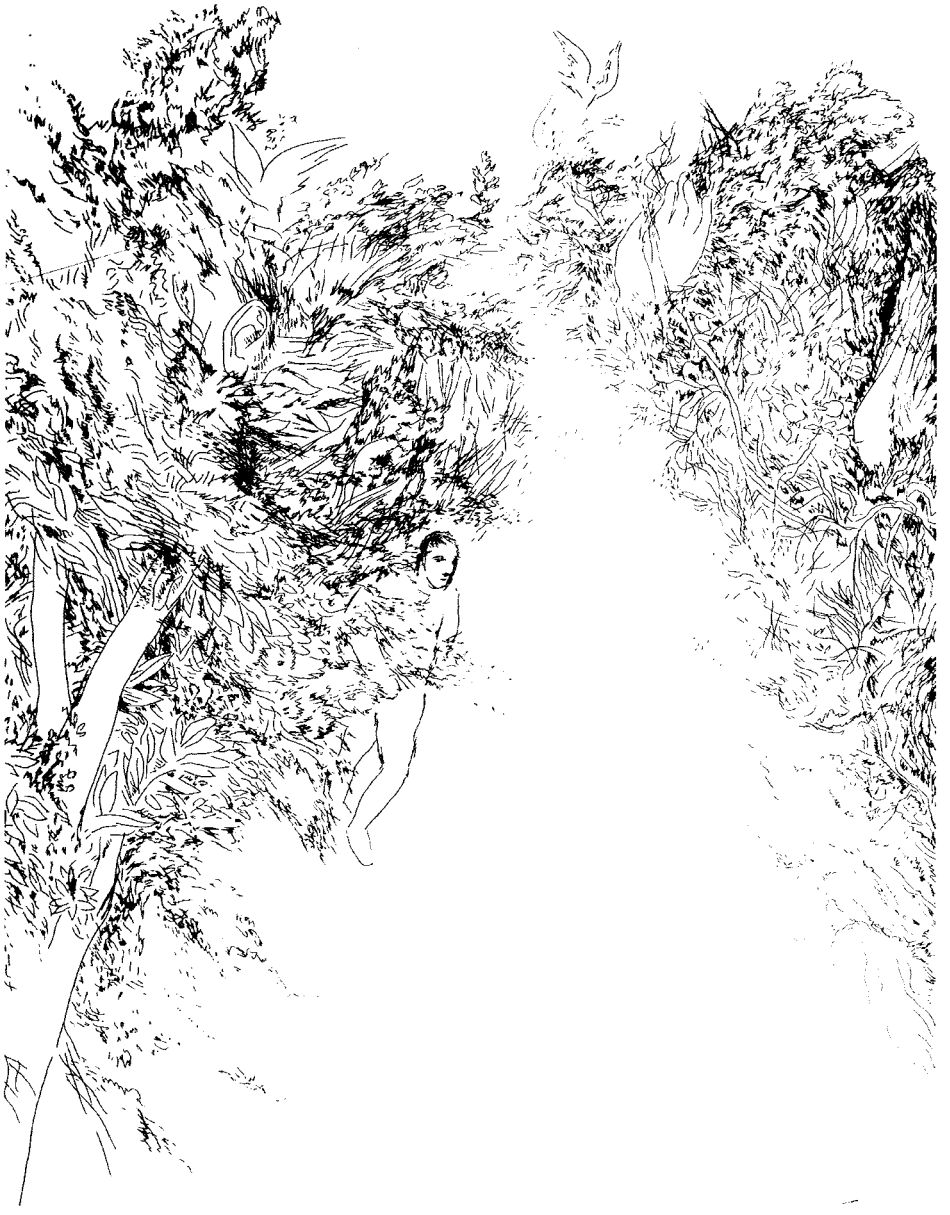
En octubre de 1945, Cassou había renunciado a una pudiente carrera de alto funcionario para asumir la dirección del Museo de Arte Moderno, que se enriquecerá notablemente con la adquisición de obras de los mayores artistas de las vanguardias del siglo XX. En 1945 Cassou publicaba su libro sobre Picasso, que previamente había aparecido en inglés, y años después organizaría la celebérrima exposición «Las fuentes del siglo XX. Las artes en Europa de 1884 a 1914», que recorrería varios continentes. Max Aub, gran amigo de Cassou desde los años de la guerra civil, se serviría de su autoridad en el mundo de las artes para acreditar la autenticidad de las obras de Jusep Torres Campalans, a lo que el francés se prestaría gustoso.

Pero Cassou nunca abandonará su vocación de novelista. Ya en 1946 apareció *Le centre du monde*, novela que había terminado en noviembre de 1939 y que las vicisitudes de aquellos años habían impedido publicar. Otra vez Cassou traza dos historias paralelas, la del dibujante Raphäel, que busca la gloria en vano a través de su vida, y la del triángulo amoroso entre Luc, Ferdine y Louis, todo ello con una calle, la Avenue du Maine, como «centro del mundo», a la que llegan también exiliados alemanes y austríacos antifascistas. Y en 1955, tras una época en la que los debates políticos parecían haber agotado sus fuerzas, aparece *Le livre de Lazare*, una de las mejores novelas de Cassou y que traza una apócrifa biografía

del resucitado, desde su infancia a su vejez, un empeño que pudiera parecer forzado pero del que surge una voz de rara intensidad, en la descripción del desgarro filial ante un padre atacado por la lepra o del exaltado amor conyugal del protagonista. Como el «Lázaro» de Cernuda, seguramente conocido por el autor, el Lázaro de Cassou vuelve a la vida a pesar suyo, sabe que sigue muerto y que su experiencia le separa radicalmente del resto de los hombres, sobre todo tras la muerte de su esposa, su único vínculo real con la vida. A la vez, según diría Cassou años después, el libro pretendía celebrar la resurrección en un sentido moral, un renacer que él vivió después de unos años en los que, según contaría a su amigo Max Aub, «las pasé muy negras, negrísimas».

También desde una perspectiva retrospectiva están escritos los *Dernières pensées d'un amoureux* (1962), las memorias sentimentales de un conocido científico, que desvelan póstumamente lo único que había sido verdaderamente importante para él, su vida secreta al margen de los focos, al compás de sus múltiples relaciones con un variopinto abanico femenino. Las «reflexiones de un enamorado perpetuamente joven», sobre los misterios de la atracción, el sexo y el amor se leen con gusto y no tienen nada que envidiar a las mejores páginas de los *Cahiers* de Paul Valéry sobre estos temas. Pero en el fondo de su regocijo por haber amado y sido amado por muchas mujeres, late el dolor por la única mujer con la que hubiera podido compartir su existencia hasta el final. Frente a esta vida hedonista y solitaria, *Le voisinage des cavernes* (1971), una de las novelas más extensas de Cassou, narra una historia de abnegación, la del viudo Octave Bridel, fiel a la memoria de su esposa y dedicado a la protección de su hija Valentine, igualmente viuda por la Primera Guerra Mundial, y de su nieta Marcelle, con el único estímulo de sus conversaciones con el escéptico padre Cortensou. Y en su última novela, *Si j'étais un caïd...* (1977) adopta la voz picaresca del jefe de una banda de delincuentes que compagina sus atracos con la lectura de Kierkegaard.

Siempre inconformista, con setenta y un años, Jean Cassou participaría en los eventos revolucionarios de mayo del 68, según contaba con entusiasmo a su gran amigo Jorge Guillén: «Estábamos en el corazón mismo de la historia [...] en medio de los matracazos policíacos y sin poder abrir las ventanas a causa de los gases.

Todo el barrio era un país otro, entre la insurrección y el estado de sitio. Al pasar el Sena se entraba en un extraordinario país. A veces unas impresiones donde se mezclaban la nostalgia y el recuerdo me imponían, como en una surimpresión cinematográfica o de ensueño, imágenes de Barcelona o de Madrid. Yo, como lo imaginas, en todo aquello estaba metido. Y con la certidumbre que algo ha empezado en el mundo».

En 1981, Cassou publicó sus memorias *Une vie pour la liberté*, que sin embargo no pretendían poner punto final al incansable afán dilucidador de quien, según André Breton, sabía «ver claro en lo oscuro». Su muerte en 1986 le sorprendió cuando había acumulado un voluminoso dosier en el que pretendía basarse para escribir una «enciclopedia fantástica de mis Españas». Paradójicamente, su polivalencia en casi todos los géneros, la diversidad de sus aptitudes e intereses, terminaron por perjudicar la fama de Jean Cassou, como si la amplitud debiera equivaler necesariamente a dispersión y no fuera en algunos casos muestra de generosidad y de ambición, de la «sobrepuja constante consigo mismo» que, según los que lo conocieron, caracterizó a Jean Cassou, cuya obra merece ser más conocida, especialmente en el país al que dedicó tan encendidas declaraciones. ©